

Las elecciones del 26 de mayo y el futuro de Europa



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Posiblemente, las elecciones europeas del 26 de mayo han sido una de las más importantes para el futuro de Europa. Aunque los infra-debates en los que se han enredado determinados líderes y partidos políticos no hayan ayudado a que se entienda su trascendencia.

Legislatura decisiva

Después del fructífero período en el que el socialdemócrata Jacques Delors impulsó un programa sustantivo de avances, y diecisiete años después de que empezara a circular el euro, aún quedan importantes pasos que dar para asegurar la buena funcionalidad de la moneda común –y por ende la de la economía– y para consolidar la Europa política y social que se necesita.

Por ello, en los círculos políticos mejor informados ha arraigado la convicción de que en estos próximos años nos vamos a jugar el futuro efectivo de Europa. Por eso mismo, se esperaba que cada país europeo pusiera la mejor de sus capacidades y de sus equipos humanos en intentar acabar con las provisionalidades existentes en nuestra arquitectura económica y política, y para garantizar que la Unión Europea pueda situarse en condiciones de afrontar los retos que puedan surgir en los próximos años. Incluyendo no solo los efectos del Brexit, sino también las posibles turbulencias financieras, las guerras comerciales, las tensiones poblacionales, así como los eventuales conflictos internacionales a los que los europeos no deberíamos dejarnos arrastrar pasiva y resignadamente.

En definitiva, en los cinco años venideros la Unión Europea tendrá que hacer frente a retos sustanciales, aprestándose a actuar como lo que realmente es: como una potencia económica fenomenal y como un modelo y una referencia en formas de vida, de trabajo y de bienestar, que bien merecen tener la traducción política que muchos desean.

Además, todo esto debe hacerse en un ciclo político afectado por notables contradicciones y tensiones internacionales –latentes y expresas–, en coyunturas en las que el componente de *européismo* en la opinión pública tiende a rebajarse, y a veces casi a diluirse hasta extremos no conocidos desde hace tiempo.

La crisis de *la conciencia europeísta* entre la población del Viejo Continente, y los escasos estímulos existentes para votar en las elecciones europeas, no deben ser entendidos como obstáculos para que la inmensa mayoría de la población entienda que nuestro futuro y nuestro presente dependen –y van a depender– de lo que se decida en Bruselas. Dependencia que lamentablemente últimamente ha solido interpretarse en términos restrictivos y de riesgo. Lo que viene influido por la imposición de unas políticas-marco tan restrictivas e insensibles que el pueblo llano llegó a calificarlas como un “austericidio”.



La opinión pública ante Europa

A pesar de todo, parece que tiende a extenderse entre la opinión pública una nueva conciencia de la realidad europea. Son bastante relevantes, en este sentido, los datos del Macrobarómetro preelectoral del CIS sobre las elecciones europeas, que muestran que un 71,6% de los españoles piensan que lo que se decide en Bruselas es importante para España y su futuro (“...las decisiones que se toman en la Unión Europea afectan mucho o bastante a la vida de los españoles...”).

Igualmente es también relevante, de manera complementaria, el deseo manifestado por casi dos tercios de la población (61,4%) de que en la campaña de las elecciones europeas se diera más prevalencia a los asuntos específicamente españoles y no a los temas propios de la Unión Europea y del Parlamento Europeo como tal (12,1%).

Esta disonancia de propósitos y enfoques nos emplaza ante uno de los problemas que tiene Europa en estos momentos. Es decir, la carencia de una conciencia política común y la falta de comprensión de cuáles son las intersecciones en las que coinciden y se conectan los intereses, preferencias y necesidades de cada país europeo con los de la Unión Europea, como tal.

Problema a cuya solución no contribuyen en nada las situaciones de transitoriedad, ambigüedad y confusión acomodaticia en las que se encuentran empantanados bastantes retos y problemas europeos. Problemas de fondo y de funcionalidad práctica, cuyo empantanamiento alimenta las lecturas demagógicas y retro-proteccionistas que están aprovechando los partidos xenóforos y nacional-populistas, que ya se han convertido en una fuerza importante, y en una voz tronante, en el Parlamento Europeo.

Por lo tanto, la primera necesidad es que las grandes fuerzas políticas que impulsaron en su día el modelo social europeo y que pusieron en marcha el proyecto de integración económica y financiera, tomen firmemente el timón del proyecto de la Unión. Y den la batalla de la opinión pública, con entendimientos valientes y con medidas concretas que los ciudadanos valoran como avances indudables (como el salario mínimo europeo, el seguro de paro europeo y otras iniciativas sociales). Al mismo tiempo, los mercados y el mundo empresarial han de recibir el mensaje inequívoco de que se está apostando por la funcionalidad del euro y la estabilidad de la economía.

El triunfo del PSOE en las elecciones europeas, y la alta tasa de participación alcanzada, auguran la posibilidad de que nuestros europarlamentarios puedan tener un papel decisivo en el desarrollo del proyecto europeo en la etapa que ahora se abre.

Sin estos mensajes no resultará factible –ni creíble– una política exterior orientada a garantizar que Europa opere de manera concordante con sus potencialidades económicas, demográficas y geoestratégicas; con voluntad de apostar de verdad por los equilibrios medioambientales, poblacionales y económico-sociales que nuestro Planeta requiere. Antes de que sea demasiado tarde.

El papel de España en Europa

En esta perspectiva general es en la que deben valorarse los resultados de las elecciones europeas del 26 de mayo.

En primer lugar, hay que congratularse de que la participación en estas elecciones haya sido una de las más altas de los comicios europeos celebrados en España (que en las últimas ocasiones quedaron por debajo del 46%). Aunque tal participación se haya visto favorecida por la celebración conjunta de otras votaciones,

nadie podrá negar que un 64,3% de participación confiere un cierto valor –o respaldo– adicional de representatividad a los eurodiputados españoles.

En segundo lugar, la victoria del PSOE en estas elecciones –con más de doce puntos de ventaja sobre el siguiente partido (32,8% respecto a 20,1% del PP)– da lugar a que sus 20 eurodiputados puedan desempeñar también un papel de liderazgo en el Parlamento Europeo, contribuyendo a impulsar algunas de las medidas sociales que tanto se necesitan en estos momentos. Sobre todo, en ciertos países. Medidas que deben ser piezas fundamentales –y garantizadas para todos– de un modelo de vida específicamente europeo, en un momento histórico en el que cunden –y se profundizan– las brechas sociales y la centrifugación de nuestras sociedades en dos mundos antagonizados: el de los *perdedores* y el de los *ganadores* a gran escala.

Avanzar en dirección contraria a la de la antagonización social, y revertir tantas experiencias vitales afectadas por riesgos exclusógenos, es la mejor manera de lograr que el proyecto europeo se reconcilie de verdad con la opinión pública. Sobre todo, con los jóvenes que viven con suma preocupación –y angustia vital– los riesgos de bloqueo de sus expectativas de futuro.

En tercer lugar, y no como la menos importante, entre los españoles que se van a incorporar a la nueva Eurocámara hay personas especialmente cualificadas política y técnicamente. Particularmente –y sin que eso suponga hacer de menos a nadie– en el grupo socialista, encabezado por Josep Borrell, que a sus cualificaciones y condiciones personales como Catedrático de Economía une una larga y fructífera experiencia como Ministro del Gobierno de España (con Felipe González y con Pedro Sánchez), y que conoce muy bien tanto la situación internacional, como la realidad europea, empezando por la misma Eurocámara, de la que fue Presidente, así como los núcleos de pensamiento y análisis, ya que también fue –por convocatoria pública– Presidente de la prestigiosa Universidad Europea de Florencia.

Todo ello puede facilitar que España tenga en la Europa venidera un papel más acorde con su propia entidad actual, además en una etapa que puede acabar siendo decisiva para el propio desarrollo y consolidación del modelo europeo.

Y, por supuesto, sin olvidarnos que el escaso respaldo en votos de Vox (6,2%) en los comicios europeos –menos aún que en las elecciones generales– contribuye a que el bloque general de los eurófobos en el nuevo Parlamento Europeo solo se vea incrementado en 3 escaños por parte de España. De un total de 54. Por ahí, desde luego, no es por donde puede progresar Europa. Y eso los votantes españoles parece que lo han entendido muy bien. **TEMAS**